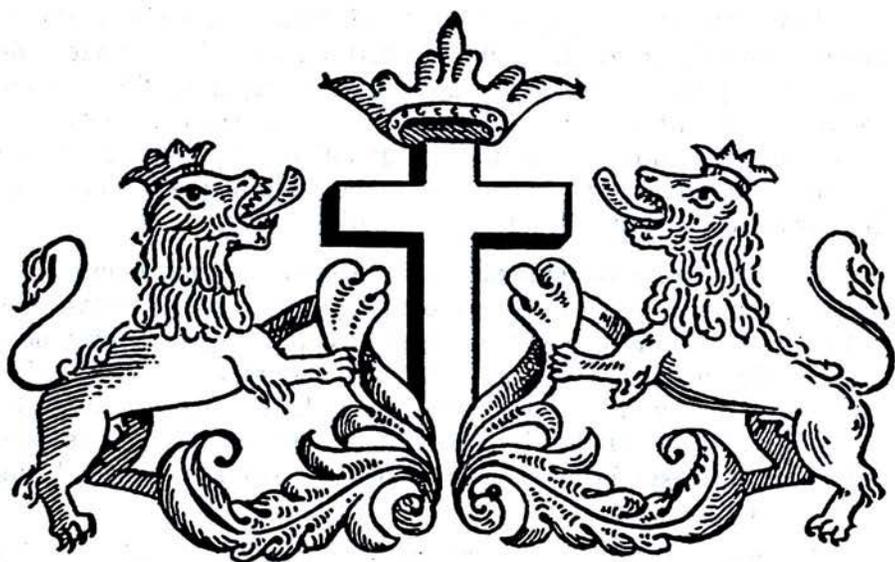


Don Pedro de Heredia

Estampas del adelantado y la ciudad

Escribe: ALBERTO MIRAMON



ARMAS DE CARTAGENA DE INDIAS

tomadas de la "Libreta que contiene los méritos, calidad y servicios de los oficiales del Batallón Fijo de Cartagena de Yndias, del que es Comandante el Brigadier don Fernando Morillo Velarde. Cartagena de Indias, Septiembre 30 de 1763", folio 2 recto.

I

GALEONES A LA VISTA

Promediaba el año de gracia de 1535. Unas velas habían sido avistadas en el horizonte; la expectativa de que a poco

recalarían en el puerto galeones de la patria lejana, ponía en conmoción al vecindario de la recién fundada y ya floreciente villa de Cartagena de Indias.

Hasta el propio Adelantado, don Pedro de Heredia, cedió a la expectación general y, luego de suspender la labor de escritorio a que se había entregado desde las primeras horas del día, acodóse sobre el ventanón de la casa de gobierno.

Entrecortada por los barrotes de hierro forjado de la balconada, la corpulenta figura del Adelantado tenía un garrido aspecto de ave prisionera. Con mirada un tanto soñadora que atenuaba ligeramente el fuego imperioso de sus ojos de halcón, seguía contemplando la plaza llena de gentes ansiosas.

Parecíale que fue ayer cuando al frente de un puñado de vagabundos de la gloria y de la fortuna, cumplió los ritos de ordenanza para la erección de poblado, repartiendo solares, señalando predio para la iglesia y las casas reales; ahora, corridos escasos años, se levanta la fundación populosa y rica, con muchas moradas principales, templos y múltiples comercios, que corrieron a cobijarse en su abrigado puerto.

Su alta fama de riqueza dióle presto ese incremento tan maravilloso con que sobrepasó en progreso a otras villas más antiguas. Lo numeroso y notable del vecindario, la abundancia de "cuanto pedía el deseo para la vida humana", alegraban los ojos del fundador... Aquí las armas de temple, los mejores artículos, desde aquellos indispensables para el simple sustento del hombre, hasta la "fanfarrona seda y costosos atavíos" que describe Castellanos.

Habíase llenado la ciudad de aventureros de diversa laya; de hombres ansiosos por dar un golpe de fortuna, y de mujeres de toda broca, como dice el cronista; cada cual se jactaba de tener parentela noble, por lo que, sin cuidarse de que en su tierra fueron tal vez labradores, se acomodaban sin más el don o el doña. Y así no se dilató mucho en convertirse aquella villa en el espejo de las ciudades de indias, que fueron "refugio y amparo de los desesperados de España, iglesia de los alzados, salvoconducto de los homicidas, pala y cubierta de los jugadores, añagaza general de mujeres libres, engaño común de muchos y remedio particular de pocos", según escribiera el grande y desafortunado Miguel de Cervantes Saavedra, quien clamaría en vano ante el Consejo de Indias que le hiciera merced de un

empleo de contador de las galeras reales para pasar a Cartagena.

Pero nadie como aquel aventurero, letrado y místico, tan buen amigo del Adelantado, llamado don Joan de Castellanos, para dar el parecido directo y real del cuadro que, acodado en el balcón de la casa de gobierno, seguía contemplando don Pedro *el desnarigado*.

*Salen a luz vestidos recamados
Con admirables frisos guarnecidos:
Relumbran costosísimos tocados
Que de rayos del sol eran heridos;
Otras sacan cabellos encrespados
Y en redecillas de oro recogidos;
Y así con vestiduras excelentes
Llevan tras sí los ojos de las gentes.*

*No dejan los plateros a la balda,
Pues les ocupan en labralles oro:
Engástase la perla y esmeralda
Y otras piedras anexas a tesoro;
Tiene ya cada cual paje de falda,
Por más autoridad y más decoro:
Adórnase los dedos con anillos;
Penden las arracadas y zarcillos.*

*Del galán a la dama corre paje
Con blanda locución y bien compuesta;
Oyese por las partes el mensaje;
Vuelve no menos grata la respuesta;
La dulce seña sirve de lenguaje
Do la palabra no se manifiesta;
Estaba todo lleno, finalmente,
De todos tractos y de toda gente.*

*Y siempre sucedían compañeros
Que llegaban de todas direcciones,
Pues que vinieron hasta melcocheros,
Y gozaron de tales ocasiones,
Que volvieron cargados de dineros
De vender sus melcochas y turrónes,
Por estar todo tan de oro hecho
Que nadie daba paso sin provecho.*

Palpando las grandes mudanzas de la ciudad, el fundador, dio también en meditar en los cambios y transformaciones suyos propios... ¡Cuán distantes y remotos le parecieron entonces los días de su mocedad inquieta y pendenciera! ¡Qué lejanos aquellos episodios de amor o de espada, lances de su juventud madrileña, época en la que por retener la mirada amorosa de unos ojos bellidos o por librarse de un rival o del marido importuno se jugaba diariamente la vida sin parar mientes en el número o la calidad de los adversarios!

Hidalgo de genio atrevido, cortó su tipo a lo galán de capa y espada de los héroes de Lope de Vega y Calderón, que vio representar en los más famosos corrales de la Villa y Corte de las Españas... ¡Oh!, aquel lance tremendo que le costó la nariz y bien poco faltó para que le costara también la vida, de una noche oscura, en cierta callejuela de Madrid, en donde fue atacado; sin arredrarse ni echar pie atrás, hizo frente a tres espadachines, y no cejó hasta despachar a algunos para el otro mundo y poner en vergonzosa fuga a los restantes...

Mas aquestos sucedidos apenas si son ya recuerdos lejanos, pertenecen para siempre al pasado; su vida es otra ahora, existencia sobria, grave y altiva de Gobernador y Adelantado... Sumido en esas cavilaciones, don Pedro se retira del balcón, pero al hacerlo, deja escapar un suspiro que el cronista no sabe si es de satisfacción por el presente o de añoranza por la juventud perdida, y retorna a su labor de escritorio.

Se sienta, toma el pergamino que hay sobre la mesa, lo relee despacio, como sopesando gravemente cada una de las palabras que había escrito; al cabo requiriendo la péñola, concluye de pergeñar la carta que para el rey su señor había comenzado desde la mañana.

.....
.....

“Otra cosa al presente no hay que hacer saber a V. M. más de quedar rogando a Dios Nuestro Señor por la vida de V. M. con acrecentamiento de mayores Estados y ensalzamiento de nuestra santa fe católica. D. V. S. R. M. el menor vasallo. PEDRO DE HEREDIA”.

Rubrica su nombre con pausa y cuidado; luego esparce sobre lo escrito el polvo negruzco de una salvadera; lo recoge otra vez, dobla lo escrito, rotula y sella al dorso.

II

EL REBATO DE UNOS HIDALGOS DE CASTILLA

Pasos de firmes pisadas que se aproximaban con grave andar marcial, distrajeron la atención de don Pedro de la labor de escribanía. Casi inmediatamente se escucharon unos golpes discretos en la puerta y una voz conocida que preguntaba:

—¿Da licencia su señoría el gobernador?

—Prosiga vuesa merced señor don Pedro Romero —se apresuró a responder el De Heredia a la par que se incorporaba—.

Tras los saludos de rigor y uso entre gentes hidalgas, el Adelantado volvió a sentarse e hizo que el recién llegado tomara a su vez asiento en un taburete. Pasados unos instantes, don Pedro Romero, que era Alcalde Ordinario de Cartagena, empezó a decir de esta manera:

—Muchas y notables nuevas corren por esas rúas, señor Adelantado y Gobernador, traídas por las naos que aportaron esta tarde.

—Ya me lo cataba desde que vi tan revuelta la gente —replicole don Pedro de Heredia—. Y después de una pausa inquirió:

—¿Puede saberse cuáles son esas noticias que tanto revuelo meten en el vecindario?

—Por lo inusitada, la principal ha sido que el tesorero, don Alvaro de Saavedra, cuya tacañería es tan famosa como la enemiga que profesa a su señoría, se ha apresurado a abrir las puertas de su casa y brindar cama y manteles a unos caballeros madrileños que acaban de dejar las naos.

—¿Madrileños decís que son los tales? ¿Sabeis por ventura sus nombres?

¡Cómo no iba a saberlo el Alcalde! Eran los recién llegados ciertamente hidalgos de Madrid, como el Adelantado, y respondían a los nombres de don Diego Luján, don Juan de Guevara y don Nuño Ludueñas.

Apenas el Alcalde Ordinario pronunció estos nombres, púsose en pie el Adelantado con visible agitación. El rostro, que de suyo no era agradable, se le descompuso, cobrando con la emoción un aspecto feroz y terrible. Según asegura el cronista Castellanos, que conoció íntimamente a Heredia, por más que los cirujanos y protomédicos de mayor fama de la corte procuraron formarle la nariz nueva, con el molledo de su propio brazo, quedóle ésta defectuosa, amoratada y contrahecha, lo cual afeaba su rostro, bien que en sus demás facciones fuera de buen parecer.

El Homero de América describe así el defecto facial del Adelantado:

*Y sin se menear estuvo quedo
Por más espacio de sesenta días,
Hasta que carnes de diversas partes
Pudieron adunar médicas artes.*

*A mí se me hacía cosa dura
Creerlo; pero con estas sospechas
Hablándole, miraba la juntura;
Y al fin me parecían contrahechas
Según manifestábalo su hechura
Por ser amoratadas y mal hechas;
Certificábanlo muchos antiguos,
Que todos ellos fueron mis amigos.*

Pálido y demudado recorría Heredia a grandes pasos el aposento; súbitamente detúvose junto a una ménsula cubierta de armas; requirió espada y daga, y mientras se las ceñía, exclamó con voz sorda de rencores y venganza:

—¡Vive Dios que nunca estaré a cubierto de mis enemigos! Creía muerto y acabado ese funesto lance de mi juventud; pero hasta aquí me han venido a buscar los retoños de aquellos que me acecharon esa noche en la capital de las Españas.

—Una palabra de vuestra señoría y si los tales son un estorbo para el gobierno de estos reinos... empezó a decirle el Alcalde Ordinario pasando la mano por el pomo de la espada—.

El Adelantado no le dejó concluir; con tono imperioso le atajó:

—No, Pedro: deja este negocio al cuidado de mi brazo que jamás ha de decirse que un Heredia confió a otra mano el castigo de sus adversarios...

Retirose poco después Pedro Romero, y no bien dobló la esquina, cuando, dando un portazo, se lanzó calle abajo el Gobernador Heredia.

En el camino se topó con Diego de Saucedo, un joven y valeroso hidalgo, de profesión soldado y muy su amigo; aparejaron el paso; mientras andaban, contole Heredia sus cuitas; cambiaron pareceres, disputaron sobre lo que debía de hacerse y, por último, se determinaron a ir a la propia casa del tesorero Saavedra.

Solo en su cámara estaba el taimado tesorero, mas no se arredró ante la imprevista visita. Cruzáronse muy feas y enconadas palabras, aunque no muchas, porque tan presto desbordose la cólera entre ambas partes que, enmudeciéndose las lenguas, no se escucharon más razones que las de las armas.

Corto fue el combate; de un tremendo golpe en la cabeza, Heredia le tendió por tierra y ya más calmada su rabia con esta victoria, tornó a su vivienda, siempre seguido de Saucedo. No pasó empero de la puerta. Seguro de que los huéspedes del tesorero vendrían a cobrarle el desaguisado tan presto se impusieran de él, resolvió terminar de una vez, esperándolos a pie firme.

Las nueve de la noche debían de ser cuando los amigos del maltrecho Saavedra se reunieron; armáronse de espadas, y, para mejor resguardarse, pusieron cotas acolchonadas, antes de enderezar en tropel sus pasos contra el Adelantado.

“En el camino tropezaron con seis galanteadores que huían de la ronda y habiéndoles dispuesto en favor, llegaron a la calle donde moraba Heredia”.

Tan pronto como distinguieron su figura, arremetiéronle al grito:

—¡A él, a él, hidalgos de Castilla!

No tardaron en ser oídas estas palabras y otras “voces alteradas e irrespetuosas” por Heredia y Saucedo, quienes ni sordos ni perezosos tuviéronlas por señales para comenzar la lucha.

El combate fue rudo, homérico. El Adelantado, “como si fuera un león desatado”, y su compañero multiplicaban los golpes con firmeza de viejos maestros de armas. Dos de los atacantes quedaron sin vida en el primer choque; otro, malherido, pedía a gritos confesión, y el resto del bando comenzaba a flaquear. El alboroto consiguiente a los gritos y el entrecocar de las armas, despertaron al vecindario; pero nadie se atrevió a abrir su puerta y ocurrir en auxilio del Gobernador.

A pesar de la destreza desplegada por Heredia y Saucedo, las fuerzas comenzaban a flaquearles; no estaban heridos de cuidado, mas siempre habían recibido algunos golpes que tornaban crítica su situación, no empeece los estragos que habían hecho en el bando enemigo. Un momento hubo en que parecieron perdidos, pues un rebote de lanza echó por los suelos al Adelantado. Providencialmente pudo parar los golpes con que quisieron rematarlo e incorporarse, a tiempo que se escucharon los pasos precipitados de los hombres de la ronda y la voz amiga de Pedro Romero que gritaba:

—¡Aquí del rey, favor a la justicia!

Los hidalgos madrileños sin cuidarse de los tendidos en el campo, pusieron pies en polvorosa con tanta diligencia que “el alcalde no pudo darles alcance ni les encontró en su casa para prenderlos”.

No era el inquieto Adelantado don Pedro de Heredia hombre que dejara a medias las cosas, ni olvidara la ofensa que sus vecinos le habían hecho con la renuencia a salir en su defensa y favor; determinó pues tomar sangrienta y cruel venganza de las gentes que poblaban la ciudad. En efecto, apenas clareó se hizo a la vela con sus servidores en un bergantín, llegó a la isla de Codego y pidióle a su amigo el cacique Carex gente de guerra para vengar el agravio.

Proporcionole Carex hasta mil indios flecheros y con esta tropa tornó a ponerse en camino. “Embarcando la gente en los bergantines y algunas canoas de ellos mismos, tornó la vuelta de la ciudad a donde llegó después del mediodía”.

Pero antes de que tuviera tiempo de desembarcar la gente, lograron arrimarse a las naves Pedro Romero y Juan de Orozco “de modo que pudiera oírlos el gobernador a quien con valor y moderación supieron decirle tales razones que lo deja-

ron perplejo por un rato”, y pasado, llegando el barco a la orilla, les respondió:

—“Confieso haber sido bastantes vuestras palabras dirigidas a templanza para que yo la tenga en mi determinación; pero bien sabe el mundo, que seré yo tal vil, como los de esta ciudad, si en algún tiempouviéselos yo en otra estimación e hiciera de ellos más confianza que de hombres tales: y así se vuelvan estos indios a su tierra; pues no me faltará ocasión de satisfacerme de maldades tamañas”.

Y temerosa la población del carácter arrebatado e impetuoso de don Pedro, no solo remitió a Santa Marta en prisiones a los hidalgos autores del desaguisado, para que fueran castigados conforme justicia, sino que por un tiempo anduvo la gente derecha en cuanto al fundador atañía.

III

EL ALBOROTO DE LOS FRAILES

La paz y tranquilidad, más codiciadas a compás y espacio que se asienta la vida y discurren los años, no fueron dones que el Adelantado Heredia disfrutara a bastanza. Hasta cuando ya estaba, como dice su cronista, recogido a descansar por salud y trabajo para prevenirse a la muerte como cristiano viejo, con vida sosegada y arreglado gobierno, le hubo reservado el destino amargas y sinsabores entre los pliegues de sus postres días.

No le dejaron de mano sus malquerientes; encabezados por el tesorero Alonso de Saavedra andaban a la husma de ocasión para perderlo. Así, pasado algún tiempo de los lances y episodios que comprenden el capítulo anterior, dieron en tramar una oscura conspiración a la que, por estar en ella enredados algunos hábitos religiosos, el pueblo puso por nombre “el alboroto de los frailes”, mote con el que ha pasado a la historia.

La relación que de este episodio hace fray Pedro Simón, a cuya autoridad nos arrimamos, es la de una típica conjura de folletín para cautivar el interés e intrigar el ánimo por lo diabólico del plan y lo maligno de sus proyecciones.

Corriendo el año de 1550 fueron a parar a Cartagena, sacando el bulto a la justicia, dos frailes de cierta religión, llamado el uno fray Andrés de Alvis, predicador, y el otro fray

Alonso. Pájaros de cuenta eran sobradamente sus reverencias, como que tuvieron arte y parte, el primero, en los motines contra Rodrigo de Contreras, gobernador de Nicaragua, y fue el segundo de aquellos rebeldes del Perú que pensaron alzarse con todas las Indias. “Estaba a la sazón recién poblado un convento en la parte que hoy llaman de los Jaqueyes, cuyo fundador, que se llamaba fray José de Robles, varón de grandes letras y prudencias”, recibió a estos dos clérigos de misa y olla.

Se le ofreció a poco a fray José ocasión de subir hasta Santafé del Nuevo Reyno y dejó por prior al flamante predicador. “Viéndose fray Andrés de Alvis cabeza del convento le pareció ser tiempo, por no tener freno de superior, de comenzar a poner en ejecución los intentos, pensamientos y alterado ánimo con que había salido a estas tierras, que eran de hacerse señor de todas estas Indias, para lo cual le pareció ser buen medio el hacer gavilla con otros tales como los que él había dejado en Nicaragua y Panamá, pues los había a propósito en Cartagena”.

Sobra decir que el tesorero Saavedra fue presto la cabeza invisible de aquel principio de alzamiento. Sus familiares comenzaron a llevar al convento armas y toda suerte de elementos bélicos; capitaneados por un Diego de Carvajal y el vizcaíno Pedro de Ochoa, “no dejaron de ir agregando y juntando en consorcio de los frailes gente de toda broza”; pero quien en verdad dirigía a los cabecillas seglares y religiosos desde la sombra, era el rencoroso Alonso de Saavedra, cuyas miras desde luego estaban más en vengarse de don Pedro de Heredia que en prestar su concurso a los locos sueños de alzamiento de los inquietos tonsurados. Solo para este fin de personal venganza anduvo, como dice el cronista, urdiendo la tela y allegándole con priesa hilos de gente ruin por cuantos caminos podía echar mano.

La conjura parecía a punto; concertadas estaban las voluntades para dar el golpe, y hasta día y hora habíanse convenido, que sería “cierto día muy solemne, estando los vecinos de la ciudad de Cartagena en los Oficios Divinos, y predicando el fray Andrés Alvis, cuando en cierta parte del sermón alzase la mano, embistiesen todos los conjurados, que habían de estar en diferentes puestos, y matasen a los que estuviesen en la iglesia, reservando a las mujeres para enviciarse en ellas, y que hecho esto y entregados de los despojos de la ciudad, se tomarían navíos y la vuelta de Panamá, y desde allí al Perú, sin más

resistencia de la que sus malos juicios y afectuosos deseos les daban sus pensamientos; caminos ordinarios en quien se deja vencer del enemigo del género humano, quitándole los estorbos y dificultades a los principios, para que los tengan de entrar en las redes de laberintos tan intrincados de ofensas a Dios, haciéndoles después tan dificultosas las salidas que no pueden escapar de ellas, sin dejar la cabeza a lo menos, o hechos cuartos, como sucedió a éstos”.

Mas, siempre hay una nimia causa —hálito de la caprichosa fortuna—, que varía los sucesos humanos o tuerce los destinos que los hombres suelen trazarse con más prolijo cuidado.

Vino a la sazón a la humilde vivienda de Alonso Ruiz, sacristán de la catedral, un mancebo natural de Toledo y algo su pariente, en busca de posada y acomodo. Túvole sin más en su casa algún tiempo, y, luego, viendo su buena condición, le dio avío para que prosiguiera hasta Santafé, “disponiéndole canoa para subir el Río Grande de la Magdalena, y mulas para llegar hasta embarcarse en la Barranca”.

Emprendió camino el mancebo con grandes extremos de alegría y muestras de reconocimiento; pero habiendo hecho la primera jornada y llegado a rancharse al anochecer en una estancia, fue abocado por tres de los conjurados que, según parece, habían tomado a su cargo el tentar los ánimos de los caminantes, para ir engrosando más la cuadrilla. Comenzaban, para reducirlos a sus intentos, por proveerlos de comida; sacábanles luego los propósitos del viaje, y, concluían la primera parte de su labor, “infamando la tierra de miserable y el camino de dificultoso” por ver de desanimar al recién llegado de seguir adelante.

Sembrando en el ánimo del viajero el desaliento o el temor, dábanle entonces a entender la fortuna que a su servicio lograría; vencidos los reparos y absueltas mañosamente las dudas, hacíanle prestar juramento de seguir sus instrucciones o mandatos al pie de la letra “habiéndole prometido primero los montones de oro con que suelen los tales hechizar y aficionar voluntades mal advertidas”.

Desanduvo el mancebo la jornada más que de prisa; al atardecer del día siguiente, repasaba la puerta de la casa de su amigo y paisano el sacrisán. Pero ni él ni los conjurados habían contado con la huésped.

Verlo Alonso Ruiz penetrar de repente en su morada y encenderse en cólera creyendo que había hecho el gasto del viaje sin provecho, fue todo uno. En vano procuró el mancebo sacarle de su error con palabras blandas; en vano quiso después decirle, en términos generales y vagos, lo mucho que le importaba permanecer entonces en la villa. Apretábale por su parte Alonso Ruiz a que hablara claro, se franquease y le dijese la causa de su vuelta. Al cabo, tales mañas se dio el sacristán, que logró hacer desembuchar a su huésped la verdad de lo ocurrido.

Era Alonso Ruiz hombre avisado; oliscó detrás de todo aquello un encubierto plan, y sin más conminó al muchacho con palabras ásperas y terribles advertencias a que fueran sobre la marcha a poner en autos de todo aquello al Adelantado y Gobernador Heredia.

Tenía don Pedro invitados, pero no obstante al saber que el sacristán y un muchacho querían decirle algo en privado, se apresuró a recibirles con su habitual llaneza de gran señor. Catándose desde las primeras palabras de la importancia del asunto, se entró con el mancebo a solas en un aposento y le hizo declarar muy menudamente.

Los años habían vuelto cauto al intrépido Adelantado. Cuando tuvo en sus manos todos los hilos de la trama urdida aparentemente contra el poderío del rey y en realidad contra su persona, se estuvo quedo, no alzó la voz, ni echó fieros y brave-rías, como tres lustros antes con ocasión del rebato de los hidalgos madrileños. Pero no clareó el día, sin que con gran recato fuera haciendo prender a los comprometidos; en ciertos navíos que estaban a pique de hacerse a la vela para Castilla remitió prisioneros a los frailes causantes del alboroto. Y ocurrió que habiendo hecho escala el galeón en La Habana, “a donde llegó el fray Andrés Albis preso, e intentó huírse del navío, cubierto una noche de la oscuridad de ella, y asiéndose de un cable de las amarras del navío, se fue escurriendo por él, para tomar tierra, a tiempo que haciendo balance el navío, sumergió el cable en el mar junto con fray Andrés, de donde nunca más salió, dando con esto el último fin a aquel alzamiento”.

Empero, vanos fueron los esfuerzos del Adelantado por enjuiciar a Alonso Saavedra; el taimado tesorero tuvo buen cuidado de no dejar huellas comprometedoras en asunto tan espinoso y expuesto.

IV

HACIA LOS MISTERIOS DEL MAR Y DE LA MUERTE

Cada vez que don Pedro de Heredia se había determinado a dejar la gobernación de Cartagena de Indias y, repasando el mar, iba a la Corte, tornó de ella más poderoso, confirmado en sus preeminencias, restablecido en sus cargos. Por eso, y por capear los vientos de tormenta que de nuevo se levantaban contra él, favorecidos por la visita que en el año de 1554 hizo el doctor Juan de Maldonado, se resolvió una vez más a dejar la ciudad fundada por el esfuerzo de su brazo, y “embarcarse para Castilla al recurso y amparo de aquel Real Consejo, aficionado el Adelantado a lo bien que le había sucedido la vez pasada, lo que sin duda le sucedería también ahora”.

Puso pues en efecto su intento, embarcando con su familiar don Alvaro de Mendoza, en la flota de Cosme de Farnán. Pero, como bien dice fray Pedro Simón en su cuarta *Noticia Historial*, desde la salida del puerto, por haber sido en una conjunción, comenzó a seguirle una ruin y borrascosa fortuna; anduvieron la carrera con menos esperanzas que temores de buena navegación, pues se hallaron durante todo el camino con la mar alterada y furiosa, creciendo a más andar el oleaje y, a pocos días, las naves fueron dispersadas por los soplos de un huracán deshecho. Escaparon, empero, de este lamentable suceso recalando en las costas de La Florida, mas hubieron de proseguir el viaje con otras no menores lastimaduras de borrasca, hasta poner proa a la vista de España.

Desmantelada y rota, a grande extremo, iba la nao “tan rendida y quebrantada de costado, que no podía agotarle el agua la prisa de las bombas”.

El cronista Simón presenta un cuadro vigoroso de aquel episodio de suprema angustia en que se envuelve la jornada postrera del Adelantado. Dice así: “Los embates del oleaje que fortísimamente y con horrendos estruendos azotaban los peñascos, parecía que de resalto rociaban las estrellas; andaban todos los del navío con no más vestido del que les había dado la naturaleza, y a pique para encomendarse a la braveza del mar, por ir a la posta deshaciendo el navío: cuál tomaba por compañero un barril, cuál la tabla y cuál un pedazo de tronco, por si podía en algo de esto ayudarse a sustentar entre las furiosas olas. En estas angustias andaban todos peleando con la

muerte, que muchos deseaban haberla tragado antes de una vez que ahora de tántas, cuando el Cosme Farfán mandó cortar el ancla, pareciéndole que desasida la nave la había de llevar el viento a zaborar a la playa en parte donde pudieran, nadando, asegurarse en tierra. Hízose esto luego, pero no con el efecto que se deseaba, pues por ir tan cargada, a poca distancia de como la soltaron encalló, quedando tánta en desde ella a la tierra, que parecía imposible fuerzas humanas poderla pasar nadando, como lo fue a muchos, si bien otros, por ser diestros nadadores, salieron a la orilla, y de los primeros el general Farfán y Buitrón, después de haberse arrojado todos al agua, por haberse acabado de deshacer del todo el navío”.

¡Infeliz término el del Adelantado don Pedro de Heredia! Como todos los que le acompañaban, en tan terribles angustias no halló recurso mayor que el valerse de sus brazos, y acaso le cegó la confianza en la destreza corporal que tántos éxitos dióle en su juventud aventurera.

.....

*Y así lo que buen ánimo consulta
Quebrantada vejez le dificulta*

.....

Nadó al principio con buena fortuna, “pues llegó a hacer pie en la arena por donde fuera saliendo hasta la tierra fija, si no le sobreviniera un tan gran golpe de mar que le hizo perder pie y retirarlo la mar adentro, desde donde, por las tasadas fuerzas de su vejez y cansancio, no pudo acabar de tomar tierra, aunque llegó cerca otras dos o tres veces, hasta que a la postrera le consumió y acabó la vida una encrespada ola que lo envolvió y dio sepultura”.

Su epitafio escribiólo en las *Elegías de Varones Ilustres de Indias* su amigo don Joan de Castellanos con sobriedad que contrasta con la abundancia y prolijidad de este poeta:

*Que fue postrer remate de la vida
Del capitán egregio, sabio, fuerte,
Indigno de morir tan mala muerte.*

FUENTES

- Anónimo: *Cedulario de las provincias de Santa Marta y Cartagena*. T. I. Madrid, 1913.
- Arrázola, Roberto: *Secretos de la Historia de Cartagena*. T. I. Cartagena, 1967.
- Castellanos, Juan de: *Elegías de Varones Ilustres de Indias*. Madrid, 1874.
- Corrales, Manuel Ezequiel: *Documentos para la Historia de Cartagena de Indias*. 2 tomos. Bogotá, 1883. *Efemérides y Anales del Estado de Bolívar*. 4 tomos. Bogotá, 1889-1892.
- Delgado, Camilo S. (Doctor Arcos): *Historia, Leyendas y Tradiciones de Cartagena de Indias*. 4 tomos. Cartagena, 1947.
- Flórez de Ocariz, Juan: *Genealogías del Nuevo Reino de Granada*. 3 tomos. Bogotá, 1943-1955.
- García Carrafa, Alberto y Arturo: *Diccionario Heráldico y Genealógico*. Tomo 41. Madrid, 1954.
- Gutiérrez de Piñeres, Eduardo: *Documentos para la Historia del Departamento de Bolívar*. Cartagena, 1924.
- Simón, fray Pedro: *Noticias Historiales de las Conquistas de Tierra Firme en las Indias Occidentales*. 5 tomos. Bogotá, 1882-1892.
- Urueta, José P.: *Documentos para la Historia de Cartagena*. 8 tomos. Cartagena, 1887-1895. *Cartagena y sus cercanías*. Cartagena, 1912.